

te, no somos lo más audaz, lo que ya salió de la muerte? ¿No es lo más mortal, lo más viviente por su mismo misterio?⁴⁴

La enseñanza más profunda de Quevedo, según lo entiende Neruda, a diferencia de Vallejo, no es el «transcurrimos en vano», sino una «llave adelantada de las vidas» y a la vida misma, en su obligado límite, da un significado misterioso: «¿No es lo más mortal, lo más viviente, por su mismo misterio?»⁴⁵

Partidos de una misma enseñanza quevedesca —es lícito suponer que por los mismos años ambos poetas hayan llegado al «verdadero» Quevedo, o sea al más profundo y menos falsamente llamativo— Vallejo y Neruda han asimilado su lección de manera fundamentalmente distinta, descontado el tremendo problema que la muerte pone al hombre. El sentido, diría «religioso», del límite que encontramos en Quevedo no sobrevive en Vallejo. En Neruda sí, aunque él mismo se acercará a tonos más parecidos a los del poeta peruano al contemplar el destino del hombre asediado por la muerte —véase «Sólo la muerte» de la segunda *Residencia en la tierra*—, destinado a morir no de una sola muerte, sino de mil muertes diarias, las miserias y humillaciones que poco a poco apagan la vida, transformándola en «una copa negra que bebían temblando».⁴⁶

La raíz de preocupación por el destino humano aparece idéntico en ambos poetas, Vallejo y Neruda. El tiempo es el vehículo con el cual se acerca la muerte, siempre asalto alevoso. Por Neruda, en efecto, la muerte es golpe repentino e inesperado —poco sirve en este caso la enseñanza de Quevedo—, que se descarga sobre el individuo abriendo repentinamente el sinfín de la eternidad, como si nunca hubiera existido.⁴⁷ Vallejo ve en el tiempo la acumulación del destino humano y en la muerte la única manera de expresar una vida no vivida. Escribe en «El momento más grave de la vida»: «En suma, no poseo, para expresar mi vida, sino mi muerte».⁴⁸

Neruda adopta una posición continuamente contrastante a propósito de la muerte, ya aceptándola, ya insultándola, como en el «Testamento de otoño», de *Estravagario*; la contempla en su aterrador potencial de destrucción en «Cataclismo», de *Cantos ceremoniales*, luego pondera sus estragos en añoradas ausencias, como en «Fin de fiesta», de los mismos *Cantos*, o vuelve a animar a su gente y al hombre en general, considerando la incansable función generadora de la tierra, sustento de «la maldita progenie que hace la luz del mundo».⁴⁹

Vallejo ahonda en su negrura. El tiempo acerca a la muerte y el dolor aumenta, «desgraciadamente», por minutos; vivir es dolerse de vivir y «el bien de ser, dolernos doblemente», como se expresa en «Los nueve monstruos».⁵⁰

La repugnancia de Vallejo por la muerte no la encontramos en Neruda. El poeta chileno parece jugar y luchar con ella; la zarandea violentamente y al mismo tiempo la

⁴⁴ P. Neruda, «Viaje al corazón de Quevedo», en *Viajes*; ob. cit., p. 18.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ P. Neruda, «Alturas de Macchu Picchu, III», Canto General, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Losada, 1973 (4.^a), I.

⁴⁷ Cfr. P. Neruda, «Ya se fue la ciudad», *Estravagario*.

⁴⁸ C. Vallejo, «El momento más grave de mi vida», *Poemas humanos*.

⁴⁹ P. Neruda, «IV. La tierra», 2000.

⁵⁰ C. Vallejo, «Los nueve monstruos», *Poemas humanos*.

acepta, hasta a veces es la que abre la puerta a los últimos dolores;⁵¹ no elimina el impulso hacia la vida, hacia la esperanza; es un accidente inevitable que no ofusca el día luminoso en que la hermandad y la paz triunfarán para todo el género humano.

En opinión de Vallejo la muerte es únicamente un mal y el hombre la ve acercarse con angustia, puesto que todavía no le ha sido posible vivir. En «Imagen española de la muerte», de *España, aparta de mí este cáliz*, una serie de acentos angustiados ofrecen la medida del sentido de desesperación con que el poeta entiende la muerte. Su elegía a la vida en «La violencia de las horas», se abre con una imagen de muerte universal: «Todos han muerto».⁵² Tremendo pórtico quevedesco. En el poema en prosa número LXXV, de *Trilce*, transparente referencia al «Sueño de la muerte» de Quevedo, revive el «tremendismo» del poeta español. Recordemos, cómo, frente al estupor de Quevedo por faltar señales exteriores de la muerte en el infierno, la muerte misma lo desengaña duramente y concluye: «primero sois calaveras y güesos que creáis que lo podéis ser».⁵³ En su poema Vallejo parece aceptar en su totalidad el concepto quevedesco de la muerte:

Estáis muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos.

Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana que, péndula del zénit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte.⁵⁴

La intención de Quevedo era dar una lección moral; Vallejo no tiene esta intención, ni acepta la muerte. Denuncia, al contrario, el fraude, la frustración en que se consume el individuo:

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino el no haber sido sino muertes siempre. El ser hoja seca sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida.⁵⁵

Poesía de la desesperanza, la de Vallejo, poesía que encierra una desesperación profunda, un dramatismo visible también en la concepción de la muerte como golpe inesperado dominado por el azar. Es otro punto de encuentro con Quevedo, y con Neruda en la misma fuente, el citado «Reloj de campanilla», «metal animado» como lo define el poeta español, que da la «hora irrevocable».

La lección moral de Quevedo se vuelve nuevamente desesperada constatación en Vallejo. En su poema «Unidad», de *Los heraldos negros*, el reloj de Quevedo se transfor-

⁵¹ Cfr. P. Neruda, «Oda a la cama», Navegaciones y regresos.

⁵² C. Vallejo, «La violencia de las horas», Poemas humanos.

⁵³ F. de Quevedo, «Sueño de la Muerte», Los Sueños, cit., pp. 237-238.

⁵⁴ C. Vallejo, «LXXV», Trilce.

⁵⁵ Ibídem.

ma en un inquietante revólver, humanizado, jadeante, que lleva en su tambor un único plomo, sobre el cual de un momento a otro podrá caer el gatillo:

En esta noche mi reloj jadea
 junto a la sien oscurecida, como
 manzana de revólver que voltea
 bajo el gatillo sin hallar el plomo.

En «Ya se fue la ciudad», de *Estravagario*, Neruda trata el mismo tema y su reloj es un artilugio devorador del tiempo, o sea de la vida del hombre, que va dejando sin savia ni color:

Cómo marcha el reloj sin darse prisa,
 con tal seguridad que se come los años:
 los días son pequeñas y pasajeras uvas,
 los meses se destiñen descolgados del tiempo.

Este nerudiano reloj voraz es él también pariente, o hijo, del quevedesco «metal animado», un artero forjador del golpe mortal:

Se va, se va el minuto hacia atrás, disparado
 por la más inmutable artillería
 y de pronto nos queda sólo un año para irnos,
 un mes, un día, y llega la muerte al calendario.

Para los tres poetas la muerte tiene el mismo aspecto de golpe imprevisto e irremediable, un disparo inesperado, por más que Quevedo ponga de relieve la locura del hombre que vive sin pensar en que la muerte puede llegar en cualquier momento, sin aviso.⁵⁶ En el poema de Vallejo, sin embargo, domina el drama: en el de Neruda la reflexión.

Como por Quevedo, por Vallejo y Neruda el problema vida-muerte domina su problemática, con un dramatismo que no había conocido el poeta español del siglo XVII, debido a su fe religiosa. En esta problemática reside el punto de encuentro de los dos poetas hispanoamericanos, probablemente el único. El problema de la muerte implica el del tiempo, entendido esencialmente como «tiempo de la muerte». Hay identidades y diferencias, pero sobre todo una preocupación profunda que acerca ambos poetas, como los acerca su fuente, Quevedo.

Giuseppe Bellini

⁵⁶ Cfr. F. de Quevedo, «Sueño de la Muerte», *Los Sueños*, cit., pp. 237-238.

